

El diálogo oblicuo

Orígenes y Sur: fragmentos de una escena
de lectura latinoamericana (1944-1956)

Nancy Calomarde

CONSEJO EDITORIAL

| | |
|-------------------|-------------------------------|
| Luisa Campuzano | Waldo Pérez Cino |
| Adriana Churampi | Juan Carlos Quintero Herencia |
| Stephanie Decante | José Ramón Ruisánchez |
| Gabriel Giorgi | Julio Ramos |
| Gustavo Guerrero | Enrico Mario Santí |
| Francisco Morán | Nanne Timmer |

© Nancy Calomarde, 2015

© de esta edición: Almenara, 2015

www.almenarapress.com

info@almenarapress.com

ISBN 978-90-822404-7-4

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

lo propio –nacional, continental o regional– dentro de las coordenadas de una conversación posible con sus pares –revistas, sujetos, textos, culturas– particularmente interesante por la dimensión geocultural que se pone en circulación entre lo cubano y lo argentino, lo insular y lo territorial, el norte y el sur, los extremos más radicales de la posibilidad americana.

En tercer lugar, es preciso reponer la dimensión material, empírica, histórica, de los contactos, relaciones y amistades entre esos intelectuales a través de los cuales circula y germina una determinada manera de entender no sólo el diálogo, sino principalmente las distancias que separan a las regiones ubicadas simbólicamente y materialmente en los extremos geoculturales de la parábola del encuentro, y en esas distancias, la perífrasis del diálogo americano.

La memoria de ese encuentro-desencuentro se escribe en los contactos reales de los miembros de *Sur* y de *Orígenes* que habilitaron para la otra revista una zona de la literatura de su región; una zona que llevaba implícitas la tensión, la lucha y la diferencia. Esa zona a su vez operó en el otro sistema al modo de una relectura del canon continental y una revisión del debate del propio campo, y en tal sentido funcionó dentro de un sistema de restricciones, mutilaciones, recortes que permitían afirmar una poética-individual y grupal dentro de un sistema de coordenadas.

Según mi estudio, cuatro diferentes rutas se recortan *asimétricamente* (Kanzepolski 2004: 35) en el diálogo cubano-argentino construido desde los marcos institucionales de las revistas y los marcos personales de la amistad poética: a) Mallea y Vitier, b) González Lanuza y Lezama, c) Piñera y Obieta (Gombrowicz)-Bianco, d) Rodríguez Feo, Borges y Martínez Estrada, Macedonio y Cortázar.

¿AMERICANISMO U OCCIDENTALISMO?

La historia previa es para nosotros, por antonomasia,
la cultura occidental

(Fernández Retamar 1955: 38: 54)

Recién culminada la segunda guerra mundial, y desplazada la constante preocupación de la publicación argentina por la posición de los intelectuales que conformaban el núcleo ideológico de la revista frente al ascenso de la «barbarie europea» –entendida como oprobio y totalitarismo–, la violación de los derechos humanos y la decadencia en la vieja Europa, parecían abrirse óptimas

condiciones para «volver los ojos a América», como un mandato fundacional del americanismo que estuvo inscrito en los pretextos de la correspondencia entre Ocampo y Waldo Frank en 1931⁴. Por su parte *Orígenes*, recién estrenada en el 44, podría plantear, en este contexto y a partir de su diagnóstico cubano de un «país frustrado en lo esencial político», que la revista acusa desde sus primeros números, y de la representación de una tradición americana como producto de la libertad, la creación y la tradición humanística, definida por Lezama como «orgullo y apetencia del americano» (Lezama 1944: 1: 6), un territorio óptimo –en la parábola del fracaso de la historia local hacia el legado martiano de lo «nuestro»– para el diálogo americano. Sin embargo, las respuestas no habrían sido tan simétricas ni ajustadas a esta lógica causalista.

El universo de la posguerra –y de la guerra fría– había consolidado un poder bipolar que tendría enormes consecuencias, no sólo en las definiciones de política internacional sino también en la reconfiguración del mundo cultural. El mismo concepto de occidentalidad, de matriz eurocéntrica y moderna, aparece interrogado por otras modernidades, surgidas del polo soviético y de la institucionalización del régimen comunista, que acercarían al espacio literario, en una de sus modulaciones, la ya clásica figura del compromiso del escritor. Las élites letradas latinoamericanas acusan el impacto del debate en sus programas culturales. Si bien la modernidad a la que se suscriben continúa adherida a la lógica tradicional (de matriz «occidentalizadora»), la polarización ideológica de los debates en torno al arte y al rol del intelectual serían tópicos que volverían a definirse a la luz de valores provenientes de dos universos claramente diferenciados: la libertad y la constitución del escritor crítico y separado de la ciudad-estado (Rama 1984) –el mito de la autonomía–, o el compromiso como la clave por la que se desplazarían algunos intelectuales en el recorrido del existencialismo hacia un acercamiento al comunismo –el mito del escritor unitivo, la palabra como una trinchera, entre la escritura y la lucha histórica la mediación del sujeto escritor–. Sartre y Camus representarían el epítome de estos dos repertorios para los universos de las dos revistas aquí estudiadas.

De manera que si bien es posible advertir en ambas publicaciones una preocupación por esa zona ambigua, pero perceptible, de la «universalidad», la representación de dicho repertorio –que contó con referencias compartidas y un sistema de valores e ideologías que procuraban redefinir desde la literatura y el discurso cultural– aspiraba, en una dimensión, a ligar lo americano a la

⁴ Véase el primer número de *Sur* y Sarlo 1983.

cartografía de la occidentalidad, pero ese recorte ha sido menos homogéneo de lo que se ha señalado, y también más problemático, en la medida en que si por una parte legitimó una visión de la cultura local «atrasada» o poco desarrollada —en oposición al «modelo»—, en otros casos funcionó a la manera de un borde cuestionador de aquella totalidad, donde incluso optó por la apuesta a la borrada de la asimetría desde un proceso de autoconfiguración como sobreabundancia y plenitud cultural. En este contexto, las discusiones acerca de la literatura y la figura del intelectual escritor se inscriben en los marcos ideológicos de un fuerte debate de época: el intelectual «mediador» entre el polo «civilizador» y la cultura local, como figura paradigmática de la cultura latinoamericana decimonónica, y la noción de literatura atada a definiciones provenientes de las metrópolis y del sistema letrado. Por otra parte, las nociones de «escritor testigo» y portavoz del pueblo y de la obra como instrumento de la lucha social y política constituyen algunas de las versiones de una polémica que, abierta dos décadas antes, se profundiza en el contexto de las redefiniciones de los proyectos nacionales de la región.

Sin embargo, lo crucial de esa semiosis se configura no solamente en el mapa de aquellas culturas con las que se elige dialogar, sino en la definición de la dinámica, es decir, de la ruta —en su doble dimensión de «rumbo» y de carácter del movimiento— «civilizadora», modernizadora o creadora, la operatoria con la que se postula el intercambio, la traducción y la representación del otro cultural. El carácter especular (y casi siempre asimétrico) de su definición —de la periferia al centro o viceversa— pone en escena los supuestos que circulan en estos sistemas de contactos a través de hipótesis básicas que consagran la colonialidad o la horizontalidad de la operatoria. Además, en el trazado de la cartografía, se imbrican categorizaciones en torno al propio lugar del sujeto cultural implicado en la enunciación, al «otro» y al tipo de contacto al que se aspira. De modo tal que concebir la alteridad como un «modelo», en términos de un mayor desarrollo cultural, de una plenitud de la que carecería la cultura segunda, trae como consecuencia una semiosis cultural típicamente letrada y moderna. Otro sistema y otra *episteme* implicarían suponer que ambas culturas pueden dialogar en una relación simétrica, lo que podría devenir en una relación dialógica que disuelva la lógica del progreso y las visiones hegelianas de la historia cultural y plantee entonces el encuentro desde especificidades diferentes y no necesariamente desiguales. Y una tercera opción implica considerar que el «plus» del diálogo no radica en la reapropiación del repertorio cultural más moderno, sino en el aporte original americano, a la manera de una visión que pone el foco en la potencialidad de una enunciación articulada entre el sujeto

y la colectividad a la que pertenece (un concepto cercano al que plantea Arturo Roig como «sujetividad⁵»).

Resulta pertinente, entonces, revisar en qué medida las mismas definiciones de lo literario llevan implícitas la lucha por una territorialidad más vasta que la de la identidad nacional y, necesariamente, luchas por el poder y tensiones en torno a cierto tipo de «desigualdad», o diferente desarrollo, que hace emerger la hipótesis de un diálogo cultural al que necesariamente nos conducen los textos literarios y la labor de una revista cultural, en particular. Según Casanova (2001: 35), los debates sobre la identidad se libran en el espacio de la literatura, de lo que denomina «la república mundial de las letras» que trasciende las fronteras nacionales y está atravesado por relaciones caracterizadas por la desigualdad.

Me parece más productivo entonces, en este diálogo, interrogar lo que se oculta detrás de estas grandes construcciones —la «universalidad» o la «americanidad», lo que se pone en circulación en los textos particulares, en las operatorias puntuales, alejado del «paraguas ideológico» de las grandes definiciones.

Ahora bien, después de señalar esos recaudos y fisuras, ¿cuál es el hipotético «espacio de encuentro» configurado a través de una serie de postulados comunes respecto de la noción de cierta «universalidad» que se proponían lograr desde América? Encontramos un repertorio de lecturas compartido, recortado de manera central en el telón de fondo de *Revista de Occidente*, y una noción de «americanidad» que, aunque no es homogénea, sí está basada en prerequisites cercanos, además de cierta idea de la posición del intelectual y de la literatura con respecto a la política nacional y una codificación de valores relativamente afines sobre el arte, la moralidad y la misión de las revistas culturales⁶.

No obstante, más allá de lo aparente, los programas encerraban profundas diferencias. Y ese horizonte de la «universalidad», tal como lo entendía *Orígenes*, coincidía sólo en parte con el que se representaba la argentina, en tanto se hallan diferencias en el trazado del mapa y también en el *modus operandi* de esa «traducción», algo similar a lo que sucedería con la categoría del «america-

⁵ Roig (1993) construye este concepto a partir de la necesidad de formular categorías que sitúen la especificidad cultural latinoamericana. En su estudio señala algunas de las variantes de ese discurso a partir de la comprensión de una «sujetividad» que implica la doble asunción de lo individual y lo colectivo, dentro de una corriente que rompe la temporalidad occidental y se concibe como instancia de «comienzos y recomienzos»; es decir, circularidad concéntrica que se pregunta por el sí mismo y asume su condición colonial.

⁶ Para la profundización de estas configuraciones, en el caso de *Orígenes*, véanse los estudios de Rojas, Arcos y Fernández Retamar; en el caso de *Sur*, a King, Gramuglio y Sarlo.

nismo». Esas diferencias son precisamente las que alimentan la posibilidad de un tipo de conversación y la acechanza de su politicidad.

Es preciso, además, considerar el hecho de que ambos proyectos estuvieron atravesados por una radical heterogeneidad, lo cual hizo posible que convivieran –de manera tensa, polémica y a veces antagónica– visiones de la cultura y de la literatura de su tiempo muy diferentes. Esta dimensión heterogénea hace necesario tener en cuenta, a la hora de reevaluar los dispositivos textuales modelizadores de un diálogo americano, los puntos de fuga, las distancias respecto de lo que funcionaba como la hegemonía cultural de un programa. En términos globales, diríamos que en *Sur*, por ejemplo, las visiones americanistas de la tradición literaria –como futuridad abierta– no coincidían con la visión «ontologizadora y trágica», con una fuerte marca de reevaluación de la historia, de Murena o Martínez Estrada, y éstas, a su vez, tampoco con la sostenida por su directora –su panamericanismo y liberalismo–. En el caso de *Orígenes*, la «tradición por exfuturidad» que promueve el origenismo clásico, sostenido en una marca ahistoricista que supone la posibilidad de encarnación de la imago poética en la historia insular (la poesía encarna la historia equivale a afirmar un *tempo* poético denso como contradiscurso de las historias políticas y sociales consagradas), no se aproximaba a la visión de Piñera, que procuraba ahondar la marca antillana, el dolor y la carnalidad histórica de la cultura cubana.

Pese a estas diferencias, en ambos proyectos existió un espacio pretextual y prehistórico que sentó las bases del protocolo americanista, interceptado con insistencia a lo largo de sus vidas públicas. En *Orígenes* –como para la revista argentina lo habían constituido las cartas y los encuentros de la directora con Waldo Frank y con Ortega⁷–, el diálogo americano estaría promovido en la clave del Coloquio del 38 y puesto en funcionamiento de manera oblicua, es decir, no a través de ensayos que expliciten y discutan esos supuestos, sino más bien en las diferentes operaciones culturales de inclusión, difusión y construcción de espacios destinados a las literaturas de la región. Muy pocos ensayos hablan específicamente del problema como tópico central, pero éste se recorta de manera sesgada en una serie de textos entre los cuales se cuentan las *Señales* de Lezama o las notas sobre diversas obras de literatura y pintura. Quizá una de las excepciones sea el texto de Fernández Retamar –publicado en 1955, en la *Orígenes* dirigida únicamente por Lezama⁸– «América, Murena y Borges»,

⁷ Para profundizar estos aspectos ver el artículo de Iglesia (2000: 8: 113-124).

⁸ En un número posterior a la pelea entre Lezama y Rodríguez Feo que conllevó el apartamiento de este último.

que sirve para expandir las huellas de una perspectiva siempre presente, aunque sólo en apariencias de manera implícita. Ese texto, entonces, puede leerse como la culminación de un debate en sordina respecto del diálogo de América con Occidente que mantuvieron los escritores de *Sur* y de *Orígenes*.

A pesar de que ambos programas tuvieron ciertas referencias «americanas» comunes, la selección que operan dentro de ese mapa y el modo de concebir el diálogo ha estado mediado por las estéticas particulares y por el proyecto común en el que se redefinen. Como la hipóstasis de un encuentro, Reyes y Henríquez Ureña modelizan una parte de lo «mejor» del americanismo actual que deseaban potenciar en sus programas. En el contexto de la revista cubana, la galería del americanismo estaba sin duda encabezada por Martí y Casal, pero también de modo caprichoso por Vallejo⁹, que es reubicado dentro de ese espacio. En una «extraña negociación» con cierta vanguardia, García Marruz fija un lugar en la tradición americanista de la revista propiciando una lectura del peruano según las claves predilectas del grupo: abolición de los dualismos, palabra como encarnación, borradura de la lógica historicista y creación de un tiempo poemático y profético de profundo contenido ético:

Porque así sencillamente, como debe ser,
 Hablas las cosas que te pasan
 Y todavía más las que han pasado,
 Porque es necesario hacer clara la lista,
 El texto que te piden, la escritura que sacas
 Del olvido, que piden a ese sueño sombrío que es tu vida,
 La cláusula pasiva de tu carne, tus palabras,
 Como tú las querías para siempre
 (García Marruz 1944: 3: 31-32)

El caso de Martí es, fuera de dudas, la más clara referencia al espacio común al que aluden sus textos. La saga de discursos que incluyen al poeta-profeta como matriz fundacional del protocolo origenista traspasa los marcos de la publicación. Las antologías, conferencias y ensayos publicados por los principales referentes del grupo colocan al poeta de *Nuestra América* en esa indubitable genealogía. Si Martí constituye la síntesis de una lectura escatológica¹⁰ que urde

⁹ El texto de Fina García Marruz, «Carta a César Vallejo», publicado en la entrega de otoño del primer año, apunta a esa zona del americanismo forjado a partir del testimonio ante el dolor americano y la abolición de las fronteras entre vida y literatura.

¹⁰ En el restringido sentido de «lectura de ultratumba».

una buena parte del origenismo (en términos de la encarnación del espíritu cubano como una de «Las eras imaginarias» más proteicas), la lectura centrada en la dimensión histórico-profética se define claramente en la serie difundida por Vitier: entre «La historia me absolverá» y el ciclo vital martiano, y entre *Versos sencillos* y el «Asalto al Cuartel de la Moncada». Bernabé ha señalado al respecto:

Las relaciones de orden simbólico entre el último número de *Orígenes* y el desembarco del «Granma», entre la escritura de *Lo cubano en la poesía* y la lucha insurreccional del Movimiento 26 de julio, dan cuenta una vez más de ese hilo secreto, invisible, de una historia que alcanza su finalidad en la Revolución del 59, momento auroral de la convergencia. (Bernabé 2001: 65)

Sin embargo, la referencia martiana excede el espacio de lo cubano, por un lado, y por otro la lectura del propio Lezama lo integra a una tradición no coincidente en todos sus rasgos con la visión de Vitier. El número de *Orígenes* dedicado a celebrar el centenario de su nacimiento así lo evidencia. Para Lezama¹¹, Martí es la hipóstasis de la historia de su pueblo y el momento en que el estado místico puede engendrar una historicidad alterna, el momento de la encarnación de la imago en la historia, como «testigo de su pueblo y de sus palabras, será siempre un cerrado impedimento a la intrascendencia y a la banalidad» (Lezama Lima 1953: 33: 3-4).

La amplia convocatoria de autores¹² –cubanos, latinoamericanos y españoles– para el número homenaje a Martí es una muestra de ese carácter supranacional de la imago martiana y una apelación a la tradición hispánica y a la unidad latinoamericana. Probablemente sea el texto de Rodríguez Santos publicado en ese mismo número el que, como una elipsis, resume el contenido americanista de la poética del director y de una parte del origenismo: la unidad de la escritura y la lucha en el testimonio, la capacidad de síntesis de la imagen poética, que puede contener lo diverso sin suprimir las tensiones:

¹¹ Aunque el artículo «Secularidad de Martí» aparece sin firma, se pueden advertir en él el registro de estilo y la concepción poética de Lezama.

¹² La lista de los colaboradores del número homenaje es la siguiente: Gabriela Mistral, Dulce María Loynaz, María Zambrano, María Rosa Lida, Fina García Marruz, Alfonso Reyes, Francisco Romero, Vicente Aleixandre, Emilio Ballagas, Vicente Barbieri, Luis Cernuda, Eliseo Diego, Eugenio Florit, Samuel Feijoó, R. Fernández Retamar, Jorge Guillén, E. González Lanuza, A. Gatzelu, L. García Vega, Alcides Iznaga, Fayad Jamís, Lezama Lima, A. Menéndez, Pedro de Oraá, J. Rodríguez Santos, Octavio Smith, Cintio Vitier, Humberto Piñera Llera y Mario Parajón.

Escribe, mira escribe...
 Un continente, un pueblo,
 una escalera,
 de estratos diferentes.

(Rodríguez Santos 1953: 33: 95)

Es a esa complejidad «sin atributos», la encarnación del Verbo poético a la que aspira el grupo, a la que Florit había señalado: «Hay, creo yo, el mundo inconsútil, presencia indecible de la más absoluta poesía» (Florit: 1953: 33: 48).

Sin embargo, como ha señalado Ponte, Casal debe unirse a la hipóstasis martiana para recuperar esa tensión propia de la estética origenista y su modo de pensar lo americano. No es la duplicidad entre lo estético y lo ético que fecundaría la opción origenista lo más significativo de este vínculo, sino, por el contrario, su carácter de unidad en lo diverso lo que reclamaba el poeta de Trocadero: «Casal viene a cumplir en nuestra literatura lo entrevisto de los sentidos, que permiten ver la noche acurrucada en una hoja trocarse en oído o en concha marina [...] El perfume iba a ser reemplazado por el sabor. Y la gravitación, una severa gravedad iba a ocupar el sitio de la anterior evaporación» (Lezama Lima 1977: 97).

El trabajo que mejor resume la concepción del americanismo en la revista es el texto de Fernández Retamar «En torno a la obra poética de Alfonso Reyes», publicado en el número 34, de 1953. Allí el crítico señala, a propósito del mexicano, las invariantes de ese repertorio. En primer lugar, un trabajo sobre la forma que sólo en apariencias es «divertimento», porque el «hombre de letras» se define en ese gesto retórico y la obra contradice el puro juego fútil. Reyes encarna, además, el espíritu hispánico que los origenistas buscan arraigar en sus producciones, a través de la corriente que definen como unidad entre lo clásico y lo moderno. Lo clásico –la tradición de Góngora, Lope, Calderón y el Romancero–; lo moderno –los poetas del 27 y la generación de los *Diez poetas*–: entre uno y otro no existe distancia. Ahora bien, a esa metafórica comunión de la apuesta del origenismo clásico, Fernández Retamar hace ingresar el matiz de lo americano definido como «la voracidad y la nostalgia» –la distancia radical del otro– (Fernández Retamar 1953: 34), el apetito del otro y la actitud poética ante lo perdido. Profundizando en un tipo de historicidad que el grupo de Lezama se empeñó en obliterar, el autor de *Calibán* avanza aún más en esta modelización de lo americano como «acumulación de pasado y añoranza de una forma que no hemos engendrado». En el recorrido de un exceso de historicidad y ausencia de actualidad, negocia, sin embargo, con la apuesta «teleológica» del director.

En clara cercanía con la idea lezamiana de «tradición por futuridad», Fernández Retamar se afirma en una representación de su propia labor como intelectual dentro del grupo, a partir de la comunidad imaginaria que buscan construir, la «comunidad organizada frente al tiempo» de la que afirmará Lezama:

Representa un *mínimum* de criterios operantes en lo artístico y en las relaciones de la persona con sus circunstancias. Será siempre, o intentará serlo en forma que por lo menos sus deseos sean a la postre sus realizaciones, un estado de concurrencia, liberado de esa dependencia cronológica que parece ser el marchamo de lo generacional. (Lezama Lima 1952: 31: 64)

El estilo de vida disciplinado y creador que se señala en Nota sin firma¹³ a la muerte de Guy Pérez Cisneros permite inducir ese espíritu encontrado por el autor en la obra del pintor —«una de las generaciones más valiosas, creadoras y responsables»— y en Martí, el de la línea que une al poeta modernista con el origenismo.

Es probable que la ruta descrita por Ponte acerca del emblemático abrigo martiano sirva para reconstruir esa línea americana del origenismo. *Orígenes*, como el abrigo, parte de Martí y reubica en los hombres de letras contemporáneos el espíritu de ese espacio:

Lo ha traído a Madrid Pedro Henríquez Ureña, quien visita a Reyes durante unas vacaciones. Henríquez Ureña enseña en Minnesota y ha cruzado por La Habana al inicio de sus vacaciones [...] Luego en Madrid, algún cambio de tiempo o el propio sino de la prenda para la desmemoria, han hecho que la olvide en casa de Reyes. (Ponte 2006: 81)

La parábola descentrada de la geografía cubana descubre la comunidad americana que intercepta Feo —y que se articula débilmente con el «americanismo» del otro director— a través de sus «académicos» migrantes, quienes habilitan un tipo de recorrido latinoamericano desde el exilio al interregno americano.

Ahora bien, existe un sustrato idiosincrásico que permite conciliar un espectro variado de posiciones. La catolicidad de su poética, tanto como el fondo filosófico del humanismo que reinventó *Orígenes*, dota a la noción de intelectualidad americana de un discurso ético donde no es posible separar

¹³ Aunque se sobreentiende que fue escrita por Lezama, y además incluida más tarde en sus *Obras Completas*.

fondo y forma. En esa tradición, Henríquez Ureña y Reyes presiden el banquete origenista de la ciudad letrada, en la medida en que configuran el rol del intelectual —escritor moderno, dueño de una vasta enciclopedia y de un discurso cultural que abreva en su propia biografía y en la reinención de una patria americana en diálogo abierto con Occidente—. En esa ciudad se disuelven las dicotomías vida-arte, obra-biografía, a través de la función ética de la palabra, sin la cual no es posible una dimensión estética.

El supuesto «americanismo» de *Sur* ha sido abordado en diversas ocasiones¹⁴. Un efecto de esas lecturas exige pensar esta construcción inscrita en un complejo debate que no sólo implicaba redefinir la relación con la América de Norte (algo que, en los años cuarenta, atraviesa medularmente a la revista). Al respecto, baste recordar la publicación del ensayo de Mary Mc Carthy «Sobre Norteamérica la hermosa» en el número 192-194 de 1950, que dio pie a un larguísimo debate acerca de los vínculos entre el Norte y el Sur en clave de lectura cultural.

Un rol cercano al que ocupó Martí en *Orígenes*, en cuanto a la construcción de figuras tutelares que permitieran definir sin fisuras una efeméride y una agenda americanas, fue el de Sarmiento en *Sur*¹⁵. Aunque en una factura polémica, distinta a la «cortesanía cubana», su presencia marcó claramente una política americanista, que en buena medida redefinió su ya clásica lectura antinómica de la tensión civilización-barbarie en la cultura argentina.

En la revista argentina¹⁶ se delineó —en cuanto política oficial— el movimiento de carácter centrífugo, expansivo desde lo propio a lo otro, un tipo de apropiación que no tendía a profundizar —a ir hacia el secreto—, en el sentido de la «Argentina invisible» de Mallea, sino a expandirse y así suturar las fallas

¹⁴ El texto más clásico en este sentido es el artículo que Sarlo escribe para el «Dossier Sur» de *Punto de Vista*, «La perspectiva americana en los primeros años de Sur» (1983). Véase también Calomarde 2004: 281-293.

¹⁵ Es importante el número 46 de la revista, de 1938, donde se había explicitado claramente la posición «oficial», además de numerosos artículos dedicados a Sarmiento, entre los que cabe destacar «La acción de Sarmiento y la razón de Alberdi» (Sebrelí 1954: 230: 74-78); «Defensa de la inteligencia: con Sarmiento» (Ocampo 1938: 46: 7-9); «Sarmiento» (Ocampo 1938: 47: 7-25) y «Aseveración sobre Sarmiento» (Mallea 1938: 48: 30-36).

¹⁶ Los tópicos del «cosmopolitismo», «universalismo», o «européismo» en *Sur* ya han sido muy estudiados. En este capítulo me permito problematizar algunas de esas cuestiones, aunque sin pretensión de agotar una larga polémica. Por esa razón, he optado por enmarcarla en las cuestiones a mi juicio centrales del debate para luego focalizarme en los diálogos entre los textos. Para mayor detalle, véanse los trabajos de King, Panesi y Sarlo, y el excelente libro de Wilson sobre la traducción, *La constelación del sur* (Wilson 2004).

(Murena-Mallea), para hacerse en las arenas del diálogo. Victoria concebía –invirtiendo el sentido de la cultura de partida– la necesidad de abrirse al flujo cultural de Occidente como una vía regia para potenciar lo mejor de lo argentino y lo americano. En ambos casos, la cultura local aparece como incompleta o falsificada, un diagnóstico americano muy difundido que podría ser restaurado por las escrituras devenidas de complejos culturales en estado de «plenitud».

Si para Murena la única manera de romper con la posición cultural periférica de América consistiría en un proceso de ahondamiento en el conocimiento de lo propio, aun entonces faltaría un arraigo anterior:

sospecho que los americanos no estamos ahora capacitados para entender profundamente a esas personalidades y los problemas que suscitan [...] que tenemos ciertos problemas anteriores que nos vedan, en cierta manera el acceso a los otros y que, por consecuencia, deben ser resueltas anteriormente. (Murena 1948: 164-165: 89)

En la clara huella orteguiana, Murena había afirmado que la situación tan nueva y oscura de los pueblos americanos hace imperativo señalar que «[...] la investigación de aquélla [la circunstancia americana] es una de las tareas que con más urgencia se debe encarar». Murena utiliza en ese ensayo el archiconocido ícono del avestruz para presentar la falsa dicotomía de nacionalismo y europeísmo. Siguiendo a Martínez Estrada, había afirmado que «de nada nos sirven el sí conclusivo del nacionalismo y el no terminante con que responde el internacionalismo». Afirmo la necesaria contradicción como la actitud cultural que pueda fecundar otra cultura: «Necesitamos un sí-no, una aceptación básica guiada por una mirada vigorosa», afirma el niño terrible de *Sur* en su artículo «Condenación de una poesía» (Murena 1948: 164-165: 90).

En la polémica con Murena respecto de la publicación de un texto sobre Lawrence propuesto por Ocampo (en el número 175 de la revista) y la impugnación de Murena –que consideraba en su lugar la necesidad de incluir uno de Sarmiento–, Ocampo afirma:

El autor de *Facundo* hubiera aprobado creo, mi proyectado libro. Sabía perfectamente que puede un argentino llegar a conocerse mejor (con esa clase de conocimiento íntimo que es el único importante) frecuentando a un inglés o a un hindú (me refiero a las relaciones de alma a alma) que frecuentando a un compatriota. (Ocampo, 176: 99)

El «litoral escriturario» de *Sur* permitía la contrariedad, la permanente tensión, el movimiento. Entiendo «litoralidad» en el sentido de flujo/fluencia, del ir hacia la corriente de lo alterno en la configuración de lo propio, una ruta que elude la definición en tanto estar, permanecer en un estado, y se suscribe al hacerse del acto de escribir. Las múltiples maneras de construir una política americanista estuvieron menos en las efectivas elecciones de colaboradores americanos, algo erráticas en la primera década pero mucho más nítidas a partir de inicios de los cincuenta, que en las formulaciones explícitas aunque desordenadas de algunos de sus miembros principalísimos. El presupuesto de Ocampo de que el americanismo auténtico no precisaba de gestos alambicados¹⁷ diluyó sólo en parte una discursividad específica sobre el problema. Contradiciendo muchas lecturas adversas, es preciso reevaluar ese americanismo en la estela de los autores que permanentemente lo referían: Anderson Imbert, Henríquez Ureña y Rodríguez Monegal, pero también Sábato, Murena y Jitrik.

LA AMÉRICA DEL NORTE ¿UN CAPÍTULO APARTE?

Cuando se aborda la cuestión americana es preciso tocar, al menos tangencialmente, el espacio de la literatura de Estados Unidos¹⁸, por el carácter visible en ambos proyectos de la doble preocupación por el estilo de vida cultural americano y el divorcio con «su mejor» literatura. Además, su pertinencia proviene del lugar en que se ubica este constructo, en tanto interviene en la definición del mapa, tanto de América como de Europa. Es posible afirmar que, en los cuarenta, la inscripción de Estados Unidos marca el debate americano acerca del occidentalismo y también del americanismo.

Sin embargo, estas configuraciones fueron también muy diferentes en ambas revistas. A pesar del énfasis modernizador y de la importancia de la traducción¹⁹

¹⁷ En una carta reproducida por Victoria años más tarde, Frank había hecho explícito ese paradigma: «Nuestro americanismo nada tiene que ver con las generaciones [...] es una cuestión de espíritu. Z no es menos americano por ser hijo de inmigrantes, así como usted no es menos americana por ser hija de conquistadores [...] Son los hechos, no las palabras, no el gritar «América», los que demuestran la verdad de las cosas. Usted es americana *sans le savoir*» (Ocampo 1966: 303-304.305: 29).

¹⁸ No es pertinente a la lógica de mi trabajo el desarrollo exhaustivo de este tópico. Sólo abordo lateralmente el problema con vistas a definir el tipo de «americanidad» que se está postulando. Para un trabajo exhaustivo véase Kanzepolski 2001 y Salgado 2001 y 2004.

¹⁹ Véase Wilson 2004 y el capítulo sobre las teorizaciones acerca de la traducción en Calomarde 2004.